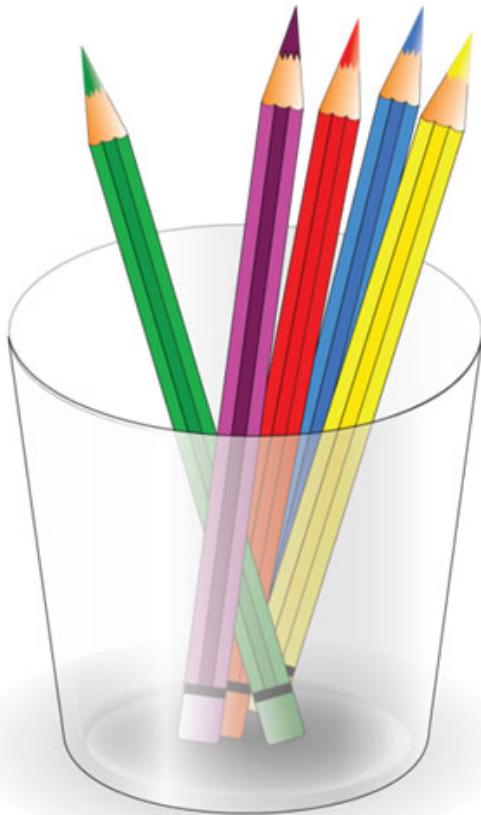


Antología de Antonio Portillo



Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

*A mi familia, tronco que me sostiene
aunque el viento arrecie y las noches se alarguen.*

*A los que ya cruzaron la otra orilla,
pero siguen encendidos en mi pecho
como brasas que nunca se apagan.*

*Y a ti, lector, que te acercas a estas páginas
con la misma humildad con la que yo las ofrezco:
toma estos versos como quien recoge pan,
para seguir andando sin caer.*

Agradecimiento

A los que me dieron agua cuando la sed mordía,
a los que fueron hombro cuando el peso vencía,
a los que, sin pedir nada,
me alzaron del polvo con su simple presencia.
Gracias a quienes, en mitad del viento,
me enseñaron que un hombre se hace
con la ayuda que recibe
y con la gratitud que devuelve.

Sobre el autor

Antonio Portillo Spínola, hijo del camino y del golpe
de la vida,
levanta sus versos como quien alza una
herramienta:
para abrir surcos en la pena,
para sembrar memoria,
para que brote un rayo de esperanza
hasta en los terrenos más secos.

Escribe con la voz curtida por los años
y el corazón todavía dispuesto
a creer en la bondad del mundo.

índice

El poeta

El rostro de la mentira

La verdad en la boca del alba

Jodido y luminoso

Perdón bajo luna rota

El pueblo contra la sombra

Perdonarse uno mismo

Raíz que me llama

Cuando la noche te pese

El que camina

A mí madre

El último umbral

Nadie mata sin matarse

El que fui el que fue

El miedo no se cura con pastillas

Entre dos orillas

Religión sin dogma

Poema del caminante

El Deseo

El tiempo no existe

Grietas de la humanidad

El que permanece

Todas siguen conmigo

LO QUE ME DUELE, LO QUE DEFENDERÉ

En el fondo del pozo

Silencio verde. Asturias

"El que aún no se conoce"

Sevilla fragua de mi alma

"La tierra se despereza"

Amistad traicionada

Nostalgia

El dolor normalizado

Sentir

Ambivalencia

Lo que es / Lo que duele

Amor con luna de sangre

Lucidez sin ética

Soledad con cobertura

Lo más cercano

El poeta

No escribo para sanar,
pero al escribir... sangro limpio.
El papel no cura,
pero acoge mi herida como un niño sin juicio.
El dolor me visita sin pedir permiso,
entra descalzo,
se sienta en mi pecho,
y me obliga a nombrarlo.
Cada verso es un hilo de sangre,
cada pausa, una lágrima seca.
No hay belleza sin sombra,
ni poeta sin grieta.
He llorado en silencio sobre páginas mudas, he hecho del abismo una canción,
y del temblor de mi alma,
una voz para los que no se atreven a temblar.
Porque hay quienes sufren en silencio,
sin palabras, sin salidas,
y cuando leen mi dolor escrito,
encuentran el suyo...y respiran,
El poeta no es un sanador, es un testigo del incendio. Pero al arder,
da luz.

Antonio Portillo Spinola

El rostro de la mentira

La mentira camina desnuda,
pero viste los ojos con sedas prestadas.
A veces hiere con filo de traición,
otras acaricia con ternura cobarde,
y ambas nacen del mismo vientre oscuro.
Es máscara en la plaza del mundo,
danza con los poderosos,
siembra humo en los parlamentos,
y se acuesta en la cama del amante
que no supo decir adiós.
Hay mentiras que fundan imperios,
otras que sostienen familias frágiles,
y unas más pequeñas,
como pájaros que tiemblan en la rama,
temiendo que la verdad los derribe.
La mentira es río que todos bebemos,
aunque nos queme la garganta.
Unas veces salvación,
otras veces condena.
Es sombra inseparable del hombre,
testigo de su miedo a mirarse al espejo.
Y, sin embargo,
cuando el velo cae
y la verdad se alza como una llama,
se comprende que la mentira nunca protege:
solo retrasa el encuentro
con lo inevitable.

Antonio Portillo Spinola

La verdad en la boca del alba

La verdad camina descalza
por los patios blancos de mi alma,
dejando un rastro de luna rota
y un olor a soga recién cortada.
Hay verdades que relinchan
como caballos negros en la noche,
y te desgarran el pecho
con su crin de pregunta abierta.
Otras bajan despacio,
como un llanto de mujer en una puerta,
y al tocarte la frente
te encienden un incendio de luciérnagas.
Pero hay verdades ?ay, hermano?
que se esconden entre jazmines,
doblad as como cartas sin destino;
verdades que nadie dice
porque al pronunciarlas
se quiebra la voz y la vida.
Y están las medias verdades,
esas sombras que bailan
entre rejas de un balcón vacío:
ni besan ni muerden,
pero dejan frío,
un frío de pozo sin agua
y de guitarra sin cuerda.
La verdad entera, en cambio,
entra por la puerta grande,
con luna de sangre en la frente
y un cuchillo de luz en la mano.
Corta, sí...
pero su herida despierta.
Porque la verdad es un toro blanco,
que al embestir el alma

la purifica.

Porque la verdad, cuando llega,
rompe cadenas,
abre silencios,
y te deja desnudo y vivo
bajo el mismo cielo que te hizo.

Que venga, entonces, la verdad completa,
la que arde, la que canta,
la que levanta desde el fondo
al hombre que aún tiembla.

Yo la espero, firme,
en mitad de mi noche.

Que me hiera si quiere,
pero que me deje verdadero.

Antonio Portillo Spinola

Jodido y luminoso

Tengo miedo de entenderte,
necesidad de hacerlo,
esperanza de que el alma
no se rompa al hacerlo.

Tengo ganas de hallarme
cuando te pienso,
certeza de perderme
en lo que siento.

Tengo urgencia de mirarte
sin buscarte,
alegría de nombrarte
sin decirte,
y esa suerte, tan humana,
de oírte en el silencio.

O sea, resumiendo:
ando roto,
pero vivo.

Ando cansado,
pero despierto.

Quizá más lo primero que lo segundo,
y también como siempre
viceversa.

Antonio Portillo Spinola
Inspirado en un poema de Mario Benedetti.
"VICEVERSA"

Perdón bajo luna rota

En la noche del pueblo

tiembla una luna rota.

Las casas miran en silencio
como si guardaran un secreto
que nadie se atreve a nombrar.

El rencor anda suelto,
con pasos de caballo negro,
golpeando las puertas
que el orgullo dejó entornadas.

Y cada corazón late aparte,
como si la sangre quisiera
irse del cuerpo.

Pero yo lo sé,
porque lo he visto arder:
el perdón es un farol antiguo
que no alumbría hacia afuera,
sino hacia adentro.

Es una voz pequeña
que brota del pozo del alma
cuando el dolor se cansa de gritar.

Nadie fue inocente.

Nadie.

Todos llevamos en las manos
un polvillo de culpa,
un temblor,
una palabra no dicha
que rompió el aire del patio.

Mas aun así,
cuando la luna baja despacio
a tocar los tejados,
puede escucharse el suspiro
de la tierra que pide paz.

Y entonces el alma entiende

que el perdón no es camino:
es regreso.

Regreso a la mesa clara,
al agua fresca,
al nombre que se pronuncia
sin que duela.

Yo dejo mi puerta abierta,
con una jarra de luz
sobre el umbral.

Que vengan los que quieran,
que sanen los que puedan.

La noche será más corta
cuando uno solo ?uno?
rompa su sombra
y dé el primer paso.

Antonio Portillo Spinola

El pueblo contra la sombra

No venimos con banderas.

Venimos con la rabia antigua
de los que ya están cansados
de que el oro decida la vida.

Venimos con las manos duras
y la mirada despierta,
los que saben que el poder profundo
se esconde detrás de la prensa.

Ese monstruo sin rostro
que compra ministros,
que firma sentencias
sin tocar papel ni tinta,
ese que mueve los mercados
como grillos en la noche,
creyendo que el pueblo
no escucha sus golpes.

Pero el pueblo escucha.

Y arde.

Arde de memoria
por cada mentira vendida,
por cada verdad silenciada,
por cada jornal robado en despachos
donde la justicia tiene precio.

No tenemos bancos.

Tenemos calle.

No tenemos millones.

Tenemos hambre.

Y el hambre enseña

lo que los poderosos temen:

que un pueblo unido
no necesita permiso
para romper cadenas.

El poder profundo
se alimenta del silencio,
de la rutina obediente,
de la prisa que no piensa.
Pero cuando el pueblo mira,
cuando el pueblo señala,
cuando el pueblo grita:
"¡Basta!",
el monstruo retrocede
como si la tierra lo escupiera.
Porque no hay cifra
que aguante el peso
de miles de conciencias despiertas.
No hay fondo de inversión
que compre un corazón unido.
No hay sombra tan grande
que tape un pueblo en pie.
Y ese día llega,
llega siempre,
como llega el invierno
a los campos que tiemblan.
Llega porque el poder profundo
no sabe de alma ni de tierra,
y un pueblo con alma y tierra
es un gigante que despierta.

Antonio Portillo Spinola

Perdonarse uno mismo

Me perdono.

No como quien se absuelve sin mirar,
sino como quien sabe lo que hizo
y aún así,
se arrodilla ante su alma herida
y la abraza.

Me perdono
por las veces que callé lo que era cierto,
por los gestos que dolieron
y las palabras que no supe pronunciar.

Por dejarme caer
y no tenderme la mano.

Por exigirme ser perfecto
cuando solo necesitaba ser humano.

Me perdono
sin borrar lo vivido,
pero decidiendo no seguir cargándolo
como una cruz que ya no enseña.

Porque entendí que culparme
no cura a nadie.

Y castigarme
no devuelve lo que fue.

Me perdono
porque mi alma vino a recordar,
no a condenarse.

Porque si no aprendo a mirarme con compasión,
seguiré repitiendo las mismas sombras
una y otra vez.

Y yo ya no quiero más sombras.

Quiero ser raíz,
agua limpia,
fuego que alumbra
y no quema.

Por eso hoy,
en voz baja,
en esta esquina del tiempo
y del alma,
me digo:
"Te perdonó.
Ahora, camina.
Pero camina con luz."
Antonio Portillo Spinola

Raíz que me llama

Me busco por dentro
como el que escarba la tierra dura
para encontrar el agua escondida.
No es curiosidad lo que me mueve:
es necesidad de alma,
hambre de mí mismo,
sed de una verdad que no me engañe.
El mundo de afuera
golpea sin mirar a quién.
Es un rebaño sin pastor,
una piedra lanzada al vacío,
una calle donde la gente respira
como si no tuviera corazón.
Esa frialdad se me clava en la mente
como un hierro torcido,
y me confunde,
y me carga,
y me duele.
Por eso desciendo a mi sombra.
A mi hondón.
A mi herida antigua.
A ese lugar donde el silencio
se parece a una madre.
En la nuca mi frontera íntima
me nace un sol pequeño,
terco, caliente,
que no se apaga ni con lágrimas.
Ese sol soy yo:
el yo que perdí en el ruido,
el yo que dejé enterrado
bajo tantos días sin alma,
el yo que siempre estuve

esperando que yo volviera.

Y vuelvo.

Vuelvo a ese refugio
que huele a verdad vieja,
a pan sin mentira,
a tierra recién abierta.

No me da respuestas:

me da sostén.

No me da alas:

me da raíz.

Mi destino no es cielo ni camino:
mi destino es este centro que me arde,
este hogar sin puertas
donde por fin encaja mi nombre.

Y cuando entro, me entero.

Y cuando entro, me abrazo.

Y cuando entro, me completo.

La vida puede empujar,
puede apagar faros,
puede romper a los hombres
que viven sin raíz.

Pero a mí no.

Yo ya he vuelto a mi pozo,
a mi tierra,
a mi verdad.

Y un hombre que regresa a sí mismo
ya no cae.

Ya no duda.

Ya no se quiebra.

Porque lleva en el pecho
su propia luz
y su propio destino.

Antonio Portillo Spinola

Cuando la noche te pese

?Cuando la noche te pese,
y no encuentres el aliento,
cuando el mundo sea un eco
y tú seas sólo el viento,
?no te juzgues por caerte,
ni te midas por la herida,
que hasta el roble más sereno
llora savia por la vida.

?Hay inviernos que no avisan
y se instalan en la piel,
pero el alma, aunque se esconda,
no se deja de encender.

?A veces, solo resiste,
no preguntes, no comprendas.

Déjate caer despacio
sobre el pecho de la tierra.

?Y escucha: hay un latido
que aún sostiene tu presencia.
Es la vida, que en silencio
también lucha, también reza.

?Así, sin brillos ni cantos,
te haces fuerte sin querer.
Eres más de lo que crees.
Aunque no lo puedas ver.

Antonio Portillo Spinola

El que camina

Yo soy el que camina sin frontera,
con la muerte dormida en la coronilla,
una espina de luz bajo la piel entera,
y un temblor que me arrastra y me arrodilla.

He sentido la ausencia como un beso
de ceniza en la frente y en el pecho,
una música viva, un leve peso,
un relámpago quieto en mi barbecho.

María Jesús, mi sangre de otra estrella,
tu silencio me nombra en los umbrales.

¡Ay, cuánto amor en tu huella más bella,
que aún vibra en mis vértebras leales!

Y Elva, raíz de ternura encendida,
madre sembrada en mi costado abierto,
me alzó del barro, me salvó la vida
cuando todo dolía, cuando estaba muerto.

He caído, y la tierra me ha mordido,
he querido dejar de latir.

Pero sigo, con el pecho partido,
porque amar, solo amar, es resistir.

A mí madre

Madre sin tregua, Antonia de pecho arado,
junio te vio nacer con pan y espinas,
de Guadalcanal, tierra bendecida,
brotó tu voz entre sábanas de barro.

Cuatro semillas alzaste con tus manos,
cuatro soles pariste en madrugadas
de hambre y de silencio, de jornada
larga y sin sombra, madre sin descanso.

No hubo palacio, no hubo oro en tu frente,
sólo el amor curtido en el sudor
de quien se quiebra y nunca dice "no",
de quien no pide y da lo permanente.

Cayó tu carne como flor herida,
el pecho donde el hambre fue alimento
se llenó de dolor y de silencio
y a tus pulmones les faltó la vida.

Pero estás viva, madre, en la semilla,
en el temblor del aire que respiro,
en cada hijo que alza su suspiro
y en cada llanto que tu ausencia anida.

Madre de tierra, Antonia de coraje,
no hay cáncer que deshaga lo que diste:
fuiste mujer, raíz, faro y alpiste
y hoy tu nombre me sangra en este viaje.

Te nombro y se me rompe la garganta,
te sueño y me arrodillo en tu memoria,
porque tu vida fue la más hermosa
de todas las victorias que se cantan.

Antonio Portillo Spinola

El último umbral

No vi la luz, ni el túnel, ni la voz que promete cielos.
Solo un silencio inmenso,
una frontera sin nombre
donde el alma y el cuerpo se preguntan quién de los dos ha de quedarse.
No recuerdo morir,
solo cesar,
como quien deja caer el peso de siglos en un instante.
Y luego ?sin razón? volver.
Desperté en la blancura de un hospital,
con la garganta ardiendo y el corazón manso,
como si hubiera llorado sin lágrimas.
No supe si fue error o renuncia,
si me trajo el miedo o la misericordia,
pero desde entonces el mundo tiene otro pulso,
y yo camino con la conciencia de quien ya cruzó y regresó.
Nada me pertenece,
todo me toca.
Y aunque no vi la muerte,
sé que ella me vio a mí...
y me dejó marchar con una lección sellada en el pecho:
que no hay destino más profundo que seguir viviendo con los ojos despiertos.

Antonio Portillo Spinola

Nadie mata sin matarse

Nadie clava un cuchillo
sin abrirse por dentro una grieta.

El odio nunca viaja solo:
lleva un espejo escondido
donde se mira la mano que hiere.

Quien humilla a otro
se arranca un pedazo de alma
y lo tira al barro.

Luego dice que tiene frío
y no sabe
que se ha dejado la piel en la ofensa.

El que levanta el puño
cree que golpea fuera,
pero el cuerpo primero
que recibe el impacto
es el suyo:
costillas del espíritu,
corazón lleno de moratones.

Nadie insulta sin llenarse la boca
de ceniza.

La palabra que escupe
baja por su garganta,
le quema por dentro,
le deja un sabor a herrumbre
en cada pensamiento.

Quien siembra miedo
duerme rodeado de sombras.

Las cadenas que pone en el cuello ajeno
amanecen, en silencio,
cerradas sobre su propio pecho.

El que señala con el dedo
olvida que su mano entera
apunta hacia sí mismo.

No hay verdugo sin condena,
no hay disparo
que no regrese,
aunque tarde años,
al pecho que lo disparó.

Por eso,
cuando mi rabia quiere justicia
a golpes,
me detengo en mitad del camino
y me pregunto:
?Si aprieto más el puño,
¿a quién estoy estrangulando primero:
al otro
o a mí?
Y entonces aflojo.

No por cobardía,
sino por instinto de vida.

Porque he aprendido, al fin,
que nadie mata sin matarse,
que cada herida que abro fuera
es una tumba
que empiezo a cavar
bajo mis propios pies.

Antonio Portillo Spinola

El que fui el que fue

Fui un hombre hecho de heridas,
hecho de silencios mal entendidos,
hecho de culpas que no eran mías
y de miedos heredados
como viejas ropa que nunca me quedaban bien.

Fui el que corría para llegar a tiempo,
sin saber adónde.

El que buscaba aprobación
en ojos que no podían verla.

El que cargaba con su historia
como quien lleva un saco de piedras
creyendo que es obligación no soltarlo.

Fui sombra de mí mismo,
eco de un niño que pedía luz
en pasillos que nadie escuchaba.

Fui también torpeza,
rabia,
cansancio,
y una tristeza ancestral
que no sabía cómo nombrar.

Pero hoy...
hoy soy el que por fin se mira sin huir.

Soy el que entiende
que cada golpe fue un maestro,
que cada caída afiló mi verdad,
que cada lágrima abrió un surco
donde ahora germina algo nuevo.

Soy el que dejó de pedir permiso
para sentir,
para existir,
para decir "aquí estoy".

Soy el que ya no confunde amor con sacrificio,
ni silencio con obediencia,

ni paz con resignación.

Soy el que camina con la herida abierta
pero sin vergüenza,
porque sabe que la herida
es la puerta por donde entra la luz.

Soy, al fin,
el hombre que buscaba aquel niño.

Soy la voz que antes temblaba.

Soy la calma que antes huía.

Soy la verdad que antes escondí.

Y si alguien me pregunta quién soy ahora,
solo respondo:

"Soy el que fue...
pero sin cadenas."

Antonio Portillo Spinola

El miedo no se cura con pastillas

El miedo no se cura con pastillas,
se cura frente a frente,
como se curan las heridas
que no aceptan olvido.

El miedo nace hondo,
en la carne que recuerda golpes,
en el pecho que aprendió a cerrarse
para seguir vivo.

No es cobardía:
es cicatriz alerta.

No es debilidad:
es memoria del dolor
que aún pide justicia.

Hay miedos sembrados por el hambre,
por la noche larga del desprecio,
por palabras que mordieron
cuando aún éramos tiernos.

Esos no se duermen con recetas.

Esos se trabajan
como se trabaja la tierra dura:
con sudor,
con tiempo,
con verdad.

El miedo afloja
cuando no se le huye,
cuando se le nombra
sin vergüenza
ni excusas.

No desaparece del todo.
Se vuelve paso prudente,
mirada abierta,
corazón que tiembla

pero no se rinde.

Curarse no es no sentir miedo.

Curarse es caminar

aunque el miedo duela,

aunque arda,

aunque avise.

Porque quien ha mirado al miedo

y no ha retrocedido

ya no es el mismo:

lleva luz en las manos

y raíz en los pies.

Antonio Portillo Spinola

Entre dos orillas

No estoy del todo aquí
ni me he ido del todo.
Camino con un pie en la carne
y otro en el misterio.
Escucho a los vivos
hablar del mañana
y a los ausentes
susurrarme que no hay prisa.
Esta orilla pesa:
nombre, cuerpo, memoria.
La otra no exige nada,
solo verdad.
He visto el miedo
disfrazado de certezas
y la fe
convertida en jaula.
Por eso no corro.
Aprendí que el puente
no se cruza huyendo
sino comprendiendo.
Amar es quedarse
sin encadenarse.
Morir es partir
sin desaparecer.
Entre dos orillas
aprendo el lenguaje del silencio,
ese que no promete cielos
pero calma.
No soy despedida
ni llegada.
Soy tránsito consciente,
presente que se sabe eterno
aunque se rompa.

Y cuando llegue el momento
no pediré señales:
reconoceré la luz
porque ya la he sentido
aquí.

Antonio Portillo Spinola

Religión sin dogma

No creo en un dios

que necesite templos

ni en una verdad

que pida rodillas.

No sigo banderas del cielo

ni libros cerrados con llave,

mi fe no cabe en consignas

ni se aprende de memoria.

Creo en el temblor

que llega cuando no miento,

en la conciencia que despierta

cuando dejo de señalar al otro.

Mi religión no promete premios,

exige presencia.

No habla de culpa,

habla de responsabilidad.

No tiene sacerdotes,

tiene preguntas.

No impone caminos,

invita a andar.

Reza quien mira de frente,

quien ama sin poseer,

quien cae y no se excusa,

quien perdona sin aplauso.

Dios no está arriba.

Está dentro

cuando callo el miedo

y escucho.

Si existe un pecado

es vivir dormido.

Si existe una salvación

es hacerse cargo de la propia luz.

No espero otra vida.

Esta me basta

si la vivo despierto.

Antonio Portillo Spinola

Poema del caminante

No tengo patria fija

ni verdad prestada.

Camino.

Aprendí tarde

que el rumbo no se hereda,

se escucha

cuando el ruido calla.

He sido muchos

antes de ser uno:

el que obedecía,

el que huía,

el que dudaba de su propia luz.

Cargué culpas que eran mías,

errores con nombre propio,

promesas que hice a medias

y otras que no supe cumplir.

Y aun así seguí andando.

Porque algo dentro

?terco y silencioso?

sabía que rendirse

era peor que perderse.

No busco llegar primero

ni tener razón.

Busco no traicionarme

cuando nadie mira.

Camino ligero de dogmas,

pesado de preguntas.

No rezo de rodillas:

escucho de pie.

He entendido que el camino

no lleva a ningún sitio

que no esté ya

dentro.

Y si caigo,
me levanto sin épica.
Si dudo,
me quedo.
Si amo,
no poseo.
Soy caminante
porque quedarse dormido
nunca fue una opción.
Y mientras haya un paso más,
aunque no sepa hacia dónde,
seguiré andando.
Con miedo,
con luz,
con verdad.

El Deseo

No deseo lo que amo.

Deseo lo que falta.

No es un cuerpo,

ni una voz,

ni un nombre que regrese.

Es un vacío que empuja desde dentro
como el mar cuando se retira
y deja al descubierto
las piedras que duelen.

El deseo no pide permiso.

Aparece cuando algo no está,
cuando la vida se queda corta
para explicarse.

Deseo es esa pregunta
que no busca respuesta,
esa mano extendida
en una habitación vacía.

No duele por lo que promete,
duele por lo que señala.

Porque nombra la ausencia
con más precisión que la memoria.

Hay deseos que no quieren cumplirse.

Solo quieren existir,
recordarnos que somos incompletos
y que ahí,
justo ahí,
empieza el movimiento.

No deseo para tener.

Deseo para no dormirme.

Para seguir caminando
con una falta en el pecho
que me mantiene vivo.

Antonio Portillo Spinola

El tiempo no existe

No hay relojes en el alma.

Solo ecos.

Solo un pulso que se repite
en diferentes cuerpos, en distintos cielos.

El tiempo es un truco de la mente,
una sombra que finge avanzar,
mientras todo ?absolutamente todo?
permanece quieto, latiendo.

Nacemos, morimos, renacemos,
pero es siempre el mismo instante
repitiéndose con nuevos nombres,
con nuevas lágrimas, con nuevas risas.

La muerte no llega:
es un espejo que se apaga
para que veas tu luz sin distracción.

¿Y el futuro?

Un recuerdo aún no recordado.

¿Y el pasado?

Un sueño que sigue soñándose.

Solo el ahora es real.

Y en él,

tú y yo

somos eternos.

Antonio Portillo Spinola

Grietas de la humanidad

Los que señalan la piel,
como si el color fuera una frontera.

Quienes levantan muros contra la lengua,
como si las palabras pudieran dividir el aire.

Los que condenan el amor distinto,
como si el corazón obedeciera a banderas.

Quienes desprecian la fragilidad,
al cuerpo que camina torcido,
a la mente que tropieza en su propio laberinto.

Miran con miedo
al que no refleja su espejo.

Pero el odio es un muro ciego,
y toda muralla termina por quebrarse:
basta una grieta,
basta una chispa,
para que la luz atraviese la piedra.

Y al final,
esa luz no pregunta nombres ni colores,
simplemente abraza,
porque sabe que todos
somos uno.

Antonio Portillo Spinola

El que permanece

Hubo un tiempo
en que fui prisa,
miedo con argumentos,
nombre defendido a golpes de razón.

Creí que era mis errores,
mis certezas heredadas,
las culpas que aprendí a cargar
para no desobedecer.

Fui lo que se espera,
lo que encaja,
lo que se repite
por miedo a quedarse solo.

Pero algo empezó a caer
sin hacer ruido:
las máscaras útiles,
las verdades prestadas,
las batallas que no eran mías.

Dejé de ser
quien necesitaba explicarse,
quien pedía permiso para sentir,
quien confundía sobrevivir
con vivir.

Ahora no soy llegada ni meta.

Soy paso consciente.

No tengo respuestas cerradas
ni preguntas urgentes.

Soy quien escucha antes de juzgar,
quien duda sin despreciarse,
quien camina ligero
porque ya no arrastra personajes.

No soy lo que perdí
ni lo que gané.

Soy lo que queda
cuando cae el ruido.
Y si al leer esto
alguien se reconoce,
no es porque seamos iguales,
sino porque la verdad no tiene dueño

Antonio Portillo Spinola

Todas siguen conmigo

He perdido mujeres eternas con nombres que suenan a azahar:
mi madre, mi abuela, mis tíos del alma, mi prima que aún sabe volar.
Loli tejía el silencio con gracia, Rafalita encendía el hogar,
Leo rezaba con voz de ternura, y mi madre era el verbo: amar.
Mi abuela, raíz del recuerdo, el pilar que enseñó a sostener,
y María Jesús, la estrella temprana que partió sin dejar de nacer.
Todas fueron luna en mi noche, todas tierra en mi caminar,
todas llevan en mi pecho una flor que no deja de hablar.
No están lejos, no están muertas, aunque no las pueda tocar:
cuando cierro los ojos y lloro, es su voz la que vuelve a sonar.
Yo, sevillano de sangre y de duelo, hijo de tantas que no morirán,
camino llevando sus nombres como cantos que quieren brotar.
Porque el amor no se entierra, y el alma no sabe olvidar,
ellas viven en mi alma despierta, y en mi llanto que sabe rezar.

Antonio Portillo Spinola

LO QUE ME DUELE, LO QUE DEFENDERÉ

No hablo por nostalgia,
hablo por la memoria viva de lo que somos.
He visto dictaduras disfrazadas de orden,
he visto al poderoso jugar con el miedo del pueblo,
y he visto a los trabajadores?mis hermanos?
entregar su fuerza a quien nunca les dio futuro.
Hoy me duele el avance de quienes desprecian la democracia,
de quienes quieren domesticar al ciudadano
y reducir su voz a un murmullo.
Y me duele aún más ver a tantos defender a quienes los hunden,
como si la precariedad fuese un collar que temen quitarse.
Pero yo no voy a callar.
Porque el silencio también vota,
y siempre vota en contra de la libertad.
Yo no acepto que nos resignen.
No acepto que nos arrodillen ante falsos salvadores.
No acepto que nos hagan creer
que "no podemos hacer nada".
Puedo pensar.
Puedo hablar.
Puedo recordar lo que costó cada derecho que hoy quieren romper.
Y eso, amigos, es poder.
Poder del bueno, del que nace en la conciencia
y se extiende como una chispa entre manos que se reconocen.
No escribo por pesimismo,
escribo por amor a la verdad,
por los hijos que vienen detrás,
por los que lucharon antes que yo,
y por los que aún no saben
que la democracia es frágil
solo cuando dejamos de defenderla.
Mientras yo respire,

no firmaré mi rendición.

Ni la tuya.

Ni la de nadie.

Antonio Portillo Spinola

En el fondo del pozo

En el fondo del pozo
la luz parece mentira,
el aire pesa como piedra
y la vida se acurruca en un rincón del alma.

Allí he estado yo,
con los ojos abiertos
y el corazón deshecho,
mirando hacia arriba sin fuerzas
para extender la mano.

Pero incluso en la sombra
hay un hilo,
tan delgado que parece nada,
un soplo,
un canto de ave al amanecer.

Ese hilo me ha sostenido
cuando el cuerpo no podía,
ese canto me ha recordado
que el dolor no es mi nombre,
que aunque mi herida sangra
mi vida respira.

Si lees estas palabras
y sientes que eres tú,
mira a tu alrededor:
hay otros que también esperan la luz
y tu propia respiración
es ya un faro encendido.

No estás solo.

No estás sola.

El pozo no es eterno.

Hay salida,
aunque no la veas aún.

Antonio Portillo Spinola

Silencio verde. Asturias

En el pulmón del mundo,
donde los árboles piensan en hojas,
y la bruma camina descalza,
tu alma se sienta a descansar.

No hay prisa,
solo el pulso del musgo,
el eco del agua que no necesita ser oída,
y el viento que no busca destino.

Allí, donde todo calla,
el Todo susurra.

Antonio Portillo Spinola

"El que aún no se conoce"

A veces me busco y no me encuentro,
como un árbol que olvida su semilla.
He sido viento, herida, y desaliento,
y aún no sé qué sangre en mí brilla.
Me reconozco en sombras y reflejos,
en la palabra que no digo entera,
en los latidos hondos y perplejos
de esta piel que se marchita y espera.
Soy pedazo de sol, trozo de duda,
hombre de barro, canto y cicatriz.
Y cuando el alma en mí se queda muda,
sé que me busco donde fui feliz.
Porque conocerme es verme partir,
en cada amor, en cada despedida.
Y comprenderme... quizás, morir
para nacer de nuevo a la vida.

Antonio Portillo Spinola

Sevilla fragua de mi alma

Sevilla, fragua de mi alma
Sevilla, madre de soles
y albero que arde en mis venas,
fuiste cuna, llama y sangre,
fuiste arrullo en las azoteas.
Nací de tu luz antigua,
de tu jazmín y tu quejío,
y el calor con que me abrazas
forjó mi pecho encendido.
No hay esquina en tu memoria
que no guarde mi latido,
ni sombra en tus callejones
que no me haya bendecido.
Tu Giralda es mi vigía,
tu río, mi fiel destino,
y en Triana el alma canta
lo que calla el peregrino.
Me diste el alma morena,
la nostalgia en los bolsillos,
y una voz de cal y viento
que aún resuena en mis sigilos.
Tu calor no fue castigo,
fue enseñanza sin palabras,
me templó como a una espada
entre sueños y ventanas.
Y aunque el mundo me haya abierto
otros cielos y caminos,
llevo a Sevilla en los ojos,
como un faro en lo infinito.

Antonio Portillo Spinola

"La tierra se despereza"

La tierra se despereza en la mañana,
con aliento de helechos y rocío,
un pájaro borda el cielo sin medida,
y el río habla en voz baja a su destino.
La brisa peina el pelo de los robles,
el musgo guarda secretos de la sombra,
y entre las piedras, donde el silencio canta,
nace una flor sin miedo, sin pregunta.
El sol no exige nada, sólo alumbría.
La montaña no corre, pero llega.
Y en cada rama que no se apura,
hay una danza antigua que nos espera.
No hay prisa en la raíz ni en el insecto,
todo ocurre cuando debe suceder,
y si hoy no hay canto en tu pecho abierto,
espera... que también eso es florecer.

Antonio Portillo Spinola

Amistad traicionada

Un carnívoro cuchillo
de promesas incumplidas
me abrió la espalda del alma
con su sonrisa fingida.
Yo, que fui puerta sin llave,
refugio sin condiciones,
me vi envuelto en las traiciones
como un fuego entre la nieve.
¡Ay, la amistad que no vino!
¡Ay, los abrazos de piedra!
¡Cuántas veces fue la espera
más amarga que el destino!
No perdonó la palabra
que juró quedarse y huye.
No perdonó la apariencia
que mi corazón destruye.
Fui un árbol que dio su sombra
sin pedirle al sol razones,
y me dejaron sin hojas
cuando llegaron ciclones.
Compañero que no existe,
compañero del vacío:
te escribo como si fueras
el amigo que no he sido.
Temprano enterré el deseo,
temprano, la fe en los otros.
Pero aún me late en el pecho
un resollo entre los rotos.
Porque aunque el alma me sangra,
no me resigno al invierno.
Aún sueño con una alianza
que no me clave su hierro.
Y si no llega el que entienda

mis silencios, mis heridas...

que sea la tierra, la brisa,

el poema... mi medida.

¡Compadre que no llegaste!

¡Compañero no nacido!

que sepas que te he buscado

a cada paso perdido.

Y en esta elegía escrita

a la sombra de lo incierto,

sigo siendo el que confía

aunque lo hayan descubierto Un carnívoro cuchillo

de promesas incumplidas

me abrió la espalda del alma

con su sonrisa fingida.

Yo, que fui puerta sin llave,

refugio sin condiciones,

me vi envuelto en las traiciones

como un fuego entre la nieve.

¡Ay, la amistad que no vino!

¡Ay, los abrazos de piedra!

¡Cuántas veces fue la espera

más amarga que el destino!

No perdonó la palabra

que juró quedarse y huye.

No perdonó la apariencia

que mi corazón destruye.

Fui un árbol que dio su sombra

sin pedirle al sol razones,

y me dejaron sin hojas

cuando llegaron ciclones.

Compañero que no existe,

compañero del vacío:

te escribo como si fueras

el amigo que no he sido.

Temprano enterré el deseo,

temprano, la fe en los otros.

Pero aún me late en el pecho
un resollo entre los rotos.
Porque aunque el alma me sangra,
no me resigno al invierno.
Aún sueño con una alianza
que no me clave su hierro.
Y si no llega el que entienda
mis silencios, mis heridas...
que sea la tierra, la brisa,
el poema... mi medida.
¡Compadre que no llegaste!
¡Compañero no nacido!
que sepas que te he buscado
a cada paso perdido.
Y en esta elegía escrita
a la sombra de lo incierto,
sigo siendo el que confía
aunque lo hayan descubierto
Inspirada en la Elejía
de Miguel Hernández
Antonio Portillo Spinola

Nostalgia

La nostalgia me visita
cuando nadie mira.
No entra haciendo ruido:
se sienta
en el borde del silencio.
Trae nombres
que ya no digo en voz alta,
gestos pequeños
que el tiempo no supo borrar.
Una forma de querer
que hoy me sería imposible.
No extraño los lugares,
extraño cómo latía dentro de ellos.
Quién era yo
cuando aún no me protegía del mundo,
cuando el dolor no tenía método
ni el miedo argumentos.
Perdí cosas
para conservar otras.
No todas se ven.
No todas saben explicarse.
Algunas solo se sostienen
si no las nombro.
Hay recuerdos que no duelen,
pero cansan.
Pesan como una verdad
que no necesita defensa.
Me recuerdan
que fui más frágil,
y quizá por eso
más verdadero.
A veces me pregunto

en qué pliegue del camino
dejé esa mirada limpia,
esa manera de estar
sin calcular la caída.

No para volver,

no...

solamente para saber
que existió.

La nostalgia no me pide nada.

Solo que no finja.

Que acepte
que algunas partes de mí
ya no regresan,
pero tampoco mueren.

Y entonces respiro.

Y la dejo quedarse un momento.

Porque en su temblor
todavía me reconozco

Antonio Portillo Spinola

El dolor normalizado

El niño llora en Gaza,
y el mundo, distraído, bosteza.
El pan arde en la hoguera del hambre,
y la conciencia se sienta a mirar la pantalla.
Se acostumbra el ojo al escombro,
se acostumbra el oído al lamento,
se acostumbra la carne a la sombra
del miedo que nunca es ajeno.
El hombre calla, y en su silencio
se pudren los frutos de la empatía.
¿Quién puso precio al grito?
¿Quién rebajó la sangre a noticia?
No hay tierra lejana:
toda lágrima moja el mismo río.
Y cuando muere un niño en Palestina,
muere también mi hijo,
y tu hermano,
y la raíz del hombre entero.

Antonio Portillo Spinola

Sentir

No nace en la piel ni en la mirada,
no lo amamanta el ruido ni la forma.
Viene del fondo hondo de la sangre,
donde el dolor aprende a ser paloma.
Es un latir sin nombre ni medida,
una verdad que arde sin quemarse,
pan interior que alimenta al alma
cuando el mundo se empeña en desgastarse.
No se oye con oído ni se toca,
pero levanta al hombre cuando cae.
Es raíz que, enterrada en la noche,
sabe de luz sin verla, y no se evade.
Quien siente así no duda:
resiste.
Camina con el pecho por bandera.
Porque hay sentires ?hermano?
que no se explican:
se viven,
y hacen fértil la tierra entera.

Antonio Portillo Spinola

Ambivalencia

No sé si voy o si regreso,
pero camino.

Entre dos voces me sostengo:
la que fui
y la que aún no soy.

A veces digo sí por esperanza,
a veces no por memoria.

Ambas me enseñan.

No me duele la duda:
me duele fingir certezas.

El corazón pregunta,
la razón responde tarde,
y en ese retraso
aprendo a ser humano.

No busco elegir bando,
busco verdad.

Y la verdad ?lo sé?
no grita,
no se impone,
se anda.

Porque vivir
no es resolver el camino,
sino aceptar
que hay sendas
que solo existen
mientras se caminan.

Antonio Portillo Spinola

Lo que es / Lo que duele

La realidad que vemos

no pide permiso:

aplasta.

Muerde.

Se repite.

Tiene forma de rutina,

de deuda invisible,

de pantallas que deciden

qué merece existir.

Aquí la verdad se alquila,

la conciencia se cansa

y el miedo trabaja horas extra

mientras nosotros aprendemos

a llamar normalidad

a lo que nos vacía.

Vivimos informados

pero ciegos.

Conectados

pero solos.

Y aun así...

deseamos.

Deseamos una realidad

que no nos obligue a endurecernos,

donde pensar no sea peligroso

y sentir no sea un defecto.

Pero no la construimos:

la aplazamos.

Por miedo.

Por cansancio.

Por comodidad aprendida.

Entonces el deseo se pudre

y se convierte en rabia,

en cinismo,
en esa risa seca
que ya no cree en nada.
Entre lo que es
y lo que soñamos
hay una herida abierta.
No nos separa el poder,
ni los dioses,
ni los sistemas:
nos separa
el momento exacto
en que dejamos de atrevernos.
Y ahí,
en ese punto preciso,
nace la verdadera derrota.

Antonio Portillo Spinola

Amor con luna de sangre

Te quise bajo una luna herida,
roja como un presagio
que nadie quiso leer.

Amar contigo
no fue refugio,
fue incendio.

No fue promesa,
fue vértigo.

La noche nos miraba
con ojos antiguos,
sabiendo que el amor
no siempre salva,
pero siempre marca.

Besarnos era firmar
un pacto sin futuro,
arder sabiendo
que el fuego no regresa
lo que consume.

Y aun así,
te quise.

Porque en Andalucía
el amor no pide permiso
ni perdón.

Antonio Portillo Spinola

Lucidez sin ética

No fue error.

No fue ceguera.

No fue miedo.

Fue ver el filo
y empujarlo igual.

Fue saber
dónde dolía
y apretar ahí.

Tenías el mapa,
la palabra justa,
el instante exacto
para detenerte.

Y no lo hiciste.

No gritaste odio.

No manchaste las manos.

Te llamaste racional,
necesario,
eficiente.

Mientras el daño
ocurría despacio
¿como ocurre lo irreversible?
tú estabas lúcido.

Eso es lo imperdonable del acto:
no la herida,
sino la conciencia presente
cuando se abrió.

La lucidez sin ética
no es sombra:
es luz usada como arma.
No mata por impulso,
mata por cálculo.
No niega al otro,

lo administra.
Y cuando todo termina
no queda el crimen,
quedan el silencio
donde ya no puedes decir
"no sabía".
Ahí empieza el verdadero peso:
verte sin excusas,
sentir sin anestesia
el dolor que elegiste causar
cuando aún podías elegir

Antonio Portillo Spinola

Soledad con cobertura

Nos hablan todos
y no nos habla nadie.
Manos llenas de cables,
corazones vacíos.
Gritamos "estoy aquí"
con los dedos,
pero nadie se sienta
a mirar el temblor de los ojos.
Nunca estuvimos tan juntos
y tan abandonados.
Nunca tan visibles
y tan nadie.
La hiperconexión es una jaula
con barrotes de luz:
parece abierta,
pero no sales.
Compartimos migas de vida
para no partir el pan entero.
Mostramos sonrisas prestadas
mientras la verdad
se pudre por dentro.
No es soledad por ausencia:
es soledad por descarte.
Porque estorba el dolor,
porque incomoda escuchar,
porque nadie quiere cargar
con el peso de otro ser humano.
Aquí la pena no se acompaña,
se desliza.
Aquí el llanto no se abraza,
se ignora.
Y el hombre,

animal de sangre y palabra,
muere un poco cada día
rodeado de gente
que no sabe tocarlo.
La soledad ya no viene de noche:
vive conectada.
Y duele más
porque sabe
que podría no existir.

Antonio Portillo Spinola

Lo más cercano

No fue amor lo que ardía en la carne:
era hambre vestida de beso,
era miedo pidiendo futuro
con voz de promesa y de cuerpo.

El amor no reclama la sangre
ni confunde deseo y destino,
no nace del pulso que exige,
sino del alma sin grito.

Aquí solo lo roza la vida
cuando un padre, partido por dentro,
mira al hijo y comprende
que amar
es dar sin hacerse dueño.

Manos abiertas al tiempo,
cuidar sin clavar la raíz,
no hacer del amor una jaula
ni del hijo un porvenir.

Todo lo demás es instinto
gritando ley en la sombra.

El amor verdadero comienza
cuando el miedo se quiebra
y el silencio
nombra.

Antonio Portillo Spinola